

CUADRO SINÓPTICO DE LAS FORMAS ELEMENTALES DE LAS ENFERMEDADES FRENOPÁTICAS

Ejemplos del estado fisiológico

1.º — MELANCOLÍA ó <i>frenalgia</i> : Exaltación de los sentimientos tristes . . . . .	{	Una madre que llora la muerte de su hijo.
2.º — ÉXTASIS ó <i>flenoplexia</i> : Suspensión de los actos intelectuales, con rigidez general. . . . .	{	Un hombre rústico embobado en un palacio.
3.º — MANÍA ó <i>hiperfrenia</i> : Exaltación apasionada de la moral . . . . .	}	Un sujeto encolerizado.
4.º — FATUIDAD (?) ó <i>parafrenia</i> : Anomalías de la voluntad impulsiva . . . . .	{	Un hombre frívolo que hace reír por sus sandeces.
5.º — DELIRIO ó <i>ideofrenia</i> : Anomalías de las ideas . . .	{	El que ve una cosa y le parece otra.
6.º — DEMENCIA ó <i>afrenia</i> : Decadencia ú obliteración de los actos morales é intelectuales . . . . .	{	El que no comprende una cosa ó ha olvidado lo que sabía.

No se necesita ser frenópata para suponer que la naturaleza raras veces ofrece esos tipos nosológicos tan deslindados como nosotros los acabamos de presentar en la tabla; pero lo importante para el diagnóstico es saber hallar, en medio de la variedad de síntomas que ofrecen los enfermos, la referencia de los grupos de aquellos á los respectivos tipos elementales que hemos establecido. De la mezcla de los caracteres correspondientes á tipos elementales distintos, resultan las *formas compuestas* de la enagenación mental, que, también movidos por el deseo de simplificar sintetizando, vamos á presentar bajo una forma sinóptica:

CUADRO SINÓPTICO DE LAS FORMAS COMPUESTAS DE LAS ENFERMEDADES FRENOPÁTICAS

	General. . . . .	{	Trastorno de todas las afecciones morales en sentimientos dolorosos.		
1.º — <i>Melancolía</i> : Emoción patológica de tristeza ó dolor moral, consistente en un pesar, una inquietud, un temor ó un espanto. Puede ser . . . . .	Especiales: Comprenden la . . . . .	{	<i>M. sin delirio</i> , llamada también <i>moral, afectiva, razonadora ó simple</i> .		
			» <i>hipocondríaca</i> , inquietudes relativas á la salud.		
			» <i>nostálgica</i> , extrañamiento del país natal.		
			» <i>amorosa</i> , es la <i>melancolla erótica</i> ó la <i>eroto-melancolla</i> .		
			» <i>misantrópica</i> , apego á la soledad y aborrecimiento á la sociedad.		
			» <i>religiosa</i> , temores de haber ofendido á Dios.		
			» <i>ansiosa</i> , estado angustioso, con opresión torácica.		
			» <i>demonofóbica</i> , temor de estar condenado á las penas del infierno.		
			Compuestas: Comprenden la . . . . .	{	» <i>maniaca</i> , caracteres de la melancolía y de la manía.
					» <i>homicida</i> , con propensión á matar.
» <i>sitofóbica</i> , con horror á los alimentos.					
		{	» <i>delirante</i> , con delirio.		



2.º — *Éxtasis*: Suspensión de las funciones de sensibilidad, movilidad é inteligencia; los enfermos parecen estatuas.

3.º — *Manía*: Emoción patológica con exaltación de una ó más funciones frénicas, caracterizada por un estado de agitación, por exageración, exaltación y agitación de las pasiones agresivas. Puede ser . . . . .

- Tranquila y sin delirio*, excitabilidad moral, animación y acrecentamiento de los actos intelectuales.
- Razonadora*, exageración de las facultades intelectuales; tendencia irresistible á la discusión.
- Maliciosa*, predominio de un espíritu de intriga y de astucia.
- Cleptomanía*, manía del robo.
- Ebriosa*, necesidad incesante de beber líquidos alcohólicos ó fermentados.
- Erótica*, predominio de los sentimientos amorosos.
- Ninfomaniaca*, predominio del instinto copulativo.
- Manía alegre*, expansión placentera y festiva de la moral.
- Amenomanía*, exceso de urbanidad.
- Vanidosa ó manía Narciso*, el enfermo está prendado de sí mismo.
- Ambiciosa ú orgullosa*, el enfermo se considera superior á todos.
- Religiosa*, exaltación de las creencias y de los actos religiosos.
- Locuaz ó logomanía*, exageración de la locuacidad.
- Embustera*, el enfermo miente, calumnia y exagera de continuo
- Ambulatoria*, propensión irresistible á andar, pasear ó viajar.
- Insurreccional*, el enfermo se revela contra toda autoridad.
- Destructora*, puede ser.
  - { furiosa
  - { homicida.
  - { suicida.
  - { incendiaria.

4.º — *Fatuidad* (?): Estado emocional en que el enfermo se ve irresistiblemente impulsado á ejecutar actos de una voluntad caprichosa, que no llevan en sí los caracteres de una pasión activa. Es una monomanía de acción sin concepciones delirantes. Los actos ejecutados parecen hechos con deliberación, aunque ésta no existe. Presenta las siguientes formas.

- Lacerante*, que desgarran, rompen y destrozan cuanto les viene á mano.
- Mutiladora*, que propenden á lisiar y mutilar á los seres vivos.
- Suicida*, que atentan contra su vida, sin motivar sus actos de destrucción.
- Homicida*, que atenta contra la vida de sus semejantes, sin motivo en una idea delirante.
- Necrófila*, que desentierran los cadáveres y se ceban en ellos como fieras.
- Incendiaria*, que irresistiblemente y sin concepción delirante, propenden á incendiar.
- De oposición*, que resisten hacer lo que se les manda.
- Muda*, que nunca hablan, sin que una idea delirante les obligue á la reserva.
- Ayunadora*, que, sin motivo delirante ó erróneo, rehusan la comida.
- Hidrofóbica*, no suele observarse aislada de la ayunadora.
- Escatófaga*, en que los alienados tragan excrementos.
- Coleccionadora*, en que el enagenado lo guarda y conserva todo.
- Cleptófila*, en que sin motivo apasionado ni concepción delirante, el enfermo roba cuanto puede.
- Garrulera*, en que el enfermo está de continuo hablando, monologando ó dialogando.
- Ahulladora*, en que el enfermo de continuo ahulla como el perro ó maya como el gato.
- Gesticuladora*, en que el enfermo ejecuta gestos ridículos con la cara y con los miembros.

5.º — *Delirio*: Aberración notable de la razón, error de los conceptos y perturbación de las ideas, bajo una forma crónica. Puede ser . . . . .

- General*, en que la perturbación se observa en todos los órdenes de ideas.
- Especial*, en que la perturbación se nota sólo en alguno de los órdenes de las ideas.
- Puede ser . . . . .
  - { *Acusador*, que se creen perseguidos y molestados por toda clase de enemigos.
  - { *Inspirador*, que se consideran inspirados por un espíritu ó revelación superior.
  - { *Ilusorio*, nacido de ilusiones de los sentidos.
  - { *Alucinatorio*, oriundo de alucinaciones de los sentidos.

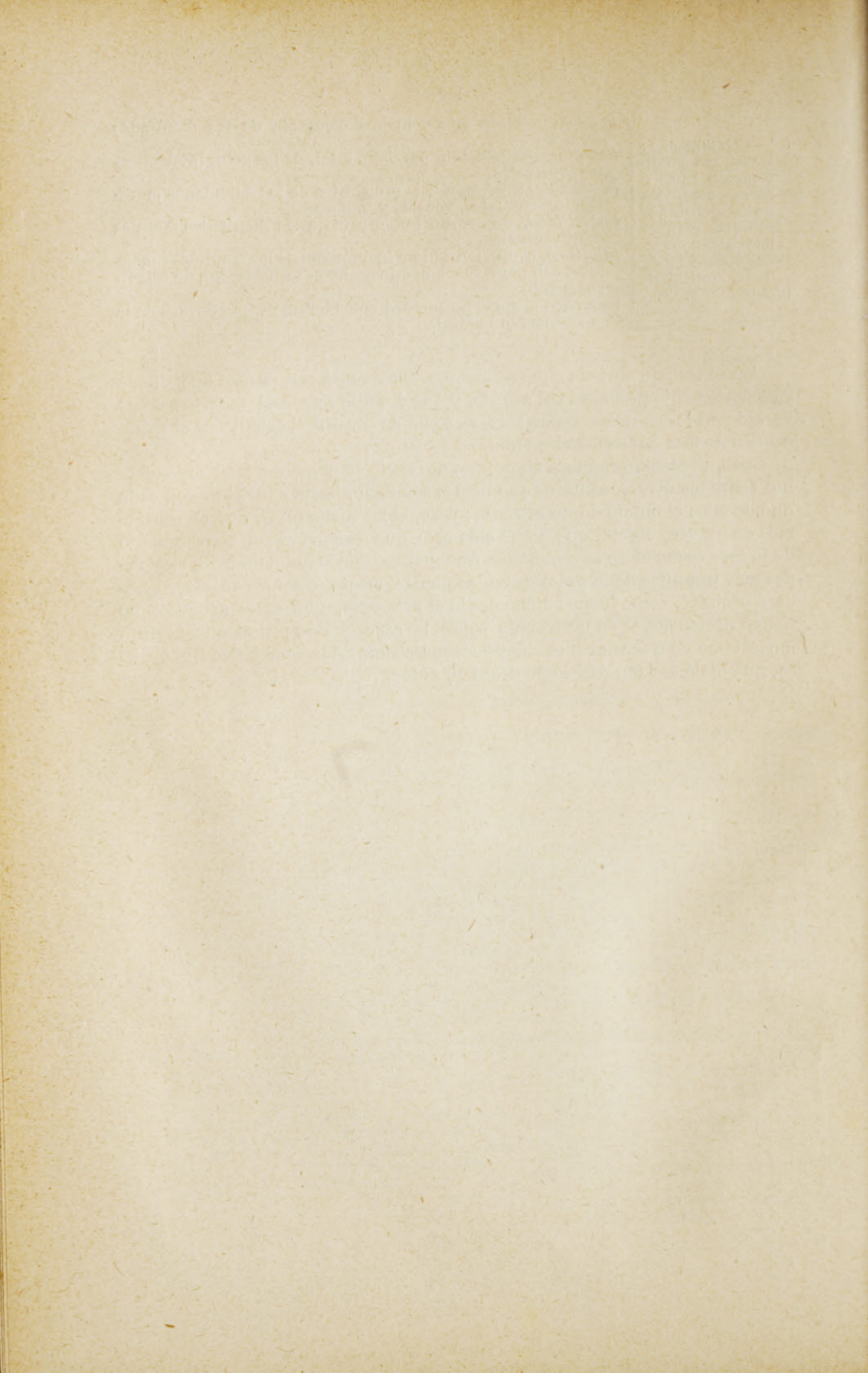


6.º — <i>Demencia</i> :	}	<i>Franca</i> , pérdida más ó menos completa de las facultades frénicas.
Debilidad ú obliteración más ó menos completa de las facultades morales é intelectuales con frecuentes lesiones de la motilidad.		<i>Estupidez</i> , suspensión, parcial ó total, de los actos intelectuales y motores.
Puede ser . . . . .		<i>Parálisis general</i> , parálisis progresiva de los fenómenos morales, intelectuales, vocales y motores.
		<i>Imbecilidad</i> , desarrollo imperfecto de las facultades morales é intelectuales.
		<i>Idiotismo</i> , evolución nula ó incompleta de las facultades mentales con perturbaciones de los actos locomotores, de origen congénito.
		Estas dos últimas no pueden considerarse como formas de la enagenación mental.

Con el trabajo sintético que acabamos de exponer, nos parece que queda suficientemente preparado el asunto, y que á nadie que esté medianamente versado en los estudios semeiológicos, le ha de ser difícil establecer el diagnóstico de una enfermedad mental.

Cualquiera comprenderá ahora que nos sería sumamente fácil extendernos sobre los diversos puntos que hemos señalado, hasta constituir con cada uno de ellos el objeto de un artículo ; pero, si tal hiciéramos, nos apartaríamos de nuestro objeto, que no ha sido otro que *vulgarizar* el conocimiento de lo más esencial de la semeiología frenopática, adecuándola á las necesidades más urgentes de la práctica en las poblaciones. Y después de esto, quedará probado, como hemos dicho desde el principio, que estos artículos no tienen pretensiones de un trabajo sobre la especialidad ; sino que aspiran modestamente á formar una sinopsis simplicísima de la semeiología frenopática, que ojalá sea tan útil como desea su autor.







ÍNDICE HIGIÉNICO MORAL É INTELECTUAL DE UN PUEBLO, DISCURSO LEÍDO EN LA SESIÓN INAUGURAL DEL ATENEO LIBRE DE CATALUÑA, CELEBRADA EL DÍA 20 DE MARZO, 1878.

Excmo. Sr.:

Señores: Si el cerebro humano no puede ni debe compararse á la porosa esponja, que abandona sus jugos por la presión, quedando luego fibrosa y árida, es á lo menos semejante al músculo, que si por un ejercicio moderado acrecienta su masa y su pujanza, un exceso de acción le abate, le fatiga, le desmedra y le inhabilita para el trabajo, hasta tanto que por el reposo y la alimentación, ha logrado reparar su substancia y su fuerza para ejecutar nuevas y vigorosas contracciones.

He aquí la genuina expresión fisiológica de mi cerebro; apenas repuesto del cansancio de una ardua y comprometida tarea en que recientemente he debido agotar el escasísimo caudal de mi potencia intelectual, me asaltó el nuevo é inesperado compromiso de tener que iniciar las tareas del *Ateneo libre de Cataluña*, es decir, de una institución que viene al mundo llena de ardor y firme en el propósito de servir á la ciencia con la libertad y á la libertad con la difusión ilimitada de la ciencia.

Lo diré, no como recurso de la falaz modestia, sino como viva expresión de mi ánimo: no he tenido ni aptitud ni tiempo para componer un trabajo, ni tan siquiera mediano, para leerlo en esta que debiera ser memorable inaugural. Sólo una cosa quizás notaréis en mi discurso: brotes de entusiasmo, retoños siempre verdes de un sentimiento, que ni aun en la mayor depresión se apaga ni se entibia en mi alma; el amor á la libertad del pensamiento y el acendrado afecto á la vida corporativa entre verdaderos amantes del estudio y del progreso.

La comunión de las ideas ¿no acrecienta el capital científico, al paso que fomenta la ganancia de los cooperadores? ¿Dónde hay especulación más lucrativa, para el que dispone de un caudal de conocimientos tan exiguo como el mío? Además, ¿no hay aquí mutua transferencia de afectos y recíproca veneración del santuario de las ideas, en cuantos nos hallamos vincu-



lados por el lazo de los Estatutos que forman el espíritu de este *Ateneo*, que es libre por antonomasia?

En gracia de esta misma uniformidad de sentimientos, en prenda de la fraternal amistad que aquí nos congrega, recibid las leales excusas de la imperfección de mi trabajo y con el sobrante de buena intención, enjugad el *déficit* de acierto.

I

ÍNDICE HIGIÉNICO, MORAL É INTELECTUAL DE UN PUEBLO

Este es el tema que me propongo desarrollar en la presente sesión. Aun cuando no le recomendase la oportunidad (que le recomienda siempre), tendría la ventaja de ahorrarme el trabajo de encarecer su importancia. Investigar el índice higiénico, intelectual y moral de un pueblo, equivale á determinar los rasgos exteriores y característicos de la civilización ó adelantamiento de las colectividades humanas.

Sin abusar de una comparación biotóxica, podríamos decir que esta determinación equivale al procedimiento empírico-racional, por el que los naturalistas conocen las condiciones anatómicas de las partes interiores de un ser vivo, por la sola inspección de sus caracteres exteriores; es lo mismo que diagnosticar la textura del tubo digestivo por la noción del sistema dentario; es como llegar á la noción de las circunvoluciones de un cerebro, con sólo conocer los huesos del tarso ó metatarso ó los apéndices ungulares del individuo. Por este método se ha conseguido reconstruir el mastodonte, completar el megaterio y adivinar, por un diente, la organización del mamuth; por este procedimiento la Paleontología resuelve el problema de hacer revivir á los ojos de la ciencia la flora y la fauna de los tiempos pre-históricos.

Así en el orden material como en el psicológico, los fenómenos de la naturaleza se corresponden por muchas relaciones de causalidad. Una filosofía, tan preñada de misticismo, como poseída de ese orgullo que Dios castigó en Satán, ha pretendido interpretar la Inteligencia Suprema, calificando de *causas finales* estas correspondencias de los hechos y de los seres. Si un animal tiene colmillos agudísimos, acerados incisivos y escabrosos molares, és á causa de que está destinado á comer carne cruda y palpitante; si otro presenta un sistema dentario diametralmente opuesto en configuración, si apenas tiene esmalte que cubra la substancia ebúrnea, si sus molares son anchos y complanados, si sus incisivos son romos y se corresponden por superficies planas, es porque para su alimentación no debe consumir sino frutas, legumbres tiernas, yerbas, tallos ó raíces muy jugosos; si, en fin, en la primavera los árboles se pueblan de follaje, es para proyectar sombra bienhechora, en donde el hombre se precaverá de la radiación solar en el vigor de la canícula. A esos dislates del escolasticismo, que una secta filosófica se empeña en exhumar de las ruinas del Liceo, responde el simple buen sentido, declarandò: que si el hombre se cobija en la sombra, es porque hay un árbol que la proyecta; si la oveja no come carne, es porque ni se lo permiten sus dientes, ni siente apetencia por esta clase de alimentos, y si el tigre no come yerbas y devora animales de gran talla, es porque le conviene á su organismo un régimen esencialmente azoado y fibrinoso. ¿Por qué sino



con igual configuración dentaria, el gato doméstico es ávido del pan y hasta de los alimentos sacarinos?

Limitémonos, pues, los que de positivistas nos preciamos, á apuntar las relaciones causales y fenomenales de la naturaleza; contentémonos con la consignación de los hechos, en su rigurosa sucesión y enlace y abstengámonos cuidadosamente de lucubraciones teológicas, que no sólo no abren horizontes provechosos á la razón, sino que descabalan el estímulo de saber que nos incita al estudio.

## II

Establecida esta conveniencia filosófica, que expresa claramente nuestras tendencias, debemos empezar definiendo la civilización por la naturaleza de sus factores.

Hase dicho que civilización es «un estado social cualquiera». Por atrassado que sea un pueblo, es esencialmente una colectividad humana; presenta, por consiguiente, en todos casos un estado social más ó menos perfecto. Admitiendo la apuntada definición, sería de todo punto improcedente la división de los pueblos en *civilizados*, *salvajes* y *bárbaros*. La condición colectiva es esencial en la idea de pueblo, y como no hay colectividad humana sin condiciones sociales, no existe pueblo que no sea civilizado.

Consagremos, pues, á la palabra civilización un significado más concreto, para expresar el conjunto de manifestaciones intelectuales y morales de una colectividad humana, aplicables al mutuo bienestar de los individuos que la forman y al ulterior desenvolvimiento material y moral de cada uno y en provecho de todos.

Todo lo que sea contrario á las tendencias relativas al bienestar y al desenvolvimiento de las aptitudes físicas y morales, ya de los individuos considerados aisladamente, ya de la colectividad, será diametralmente opuesto á la civilización. Los pueblos en quienes las manifestaciones del interés individual superan á las del bien colectivo, se apartan de la civilización, llamándose *salvajes* ó simplemente *bárbaros*, según predomine más ó menos este individualismo.

La actividad humana se pone en juego para sostener la *lucha por la existencia*, estimulada por las necesidades del organismo, ó acaso tiene por excitante un sentimiento de amor y de justicia que nos induce á anteponer al bien propio el bien ageno. En el primer caso, el impulso humano no difiere del que aguza la inteligencia ó los instintos del bruto; en el último se despliegan en toda su intensidad las fuerzas de atracción moral de donde arranca la civilización.

No es posible desconocer que, aún en los actos de más sublime filantropía, se esconde el sutilísimo móvil del egoísmo. Amar al prójimo como á sí propio, socorrer al desvalido, auxiliar al débil, son acciones que determinan en quien las efectúa un placer vivísimo, que sólo desconocen los que adolecen de idiotismo moral. Esta es la recompensa que inmediatamente subsigue á todo acto benéfico. Otro premio (y este es de carácter social) está aun pendiente de pago; el haberse hecho acreedor á recibir análogos beneficios de parte de nuestros semejantes.

Este juego de sentimientos elevadísimos es la causa determinante de la



civilización. Si los irracionales fuesen susceptibles de experimentarlos, darían muestras de progreso. Porque espontáneamente brota en el espíritu humano, no tiene límites el desarrollo social.

Los dos elementos, el afectivo y el intelectual, que hacen del hombre un sér esencialmente sociable, se conciertan y se multiplican para sugerirnos los medios de atender á la conservación de la salud y al auge de nuestras aptitudes.

De donde se colige que no hay verdadero progreso intelectual ó moral que no dé por resultado un adelantamiento higiénico.

La cultura higiénica de un pueblo será, pues, el índice más seguro de su desarrollo moral é intelectual.

Por esto, con razón, se ha dicho que la salud es el mejor patrimonio de los ricos, el único patrimonio de los pobres y la principal fuente de la fuerza y riqueza de las naciones.

Solitarios ó congregados, instruidos ó ignorantes, necesitados ó exuberantes de riquezas, los hombres han consagrado su atención preferente á la conservación de la salud y á la prolongación de la vida.

Desilusionados, como estamos, en punto á la posibilidad de lograr la inmortalidad (aspiración á que, por más que digan, pocos dejarían de suscribir, si no fuese una utopía) instintiva y racionalmente, propendemos á alejar de nosotros el dolor y la enfermedad y á vivir el mayor tiempo posible.

Es que, con todo y hallarse salpicada de sufrimientos y penalidades la vida del hombre sano de cuerpo y de espíritu, es sabrosísima. Con pulmones aptos para sentir el indefinible estímulo de atmósferas ozonizadas; con vísceras abdominales convenientemente servidas por nervios pneumogástricos, que, transmitiendo al sensorio el estímulo de los jugos digestivos, nos advierten de la necesidad de ingerir alimentos, sintiendo, con delicia, el perfume y el sabor de los manjares, y luego la apacible saciedad que subsigue á la ingestión; con convenientes disposiciones orgánico-dinámicas para sentir la sed y disfrutar de la frescura de manantiales cristalinos; con los aparatos excretorios expeditos y hábiles para percibir el estímulo y el especial placer de las exoneraciones; con un sistema muscular potente para las contracciones y sintiendo esa tensión de fuerza que constituye la agilidad y la aptitud para el ejercicio; con sentidos externos impresionables á los agentes sensibles, pero dotados de aparatos moderadores de los estímulos sobrado fuertes y apartadores de los ingratos ó doloríficos; con normales aptitudes de los centros nerviosos para la percepción, ideación, recordación, imaginación, discurso y comparación, y sobre todo, con aptitudes afectivas para sentir el placer de lo bueno, de lo bello y de lo justo, y con una voluntad vigorosa para repeler lo malo y atraerse lo bueno y lo honesto, sintiendo en la conciencia esa tranquilidad de haber obrado el bien y de haberse abstenido del mal... con todas estas condiciones orgánicas y dinámicas que caracterizan la salud del cuerpo y del espíritu, ¿quién puede dudar que la vida es el supremo bien? ;Qué mucho que todas las actividades humanas, ora las consideremos en el individuo, ora en sus manifestaciones colectivas, conspiran á la salud y á la longevidad! Lógico es, por lo tanto, *determinar el nivel intelectual y moral de un pueblo por el índice de su civilización higiénica*. La historia de la higiene, ¿no es por ventura la historia de la civilización?



### III

En la historia particular de los cuerpos vivos, así como en la general de la humanidad, descubre la investigación biológica tres estados ó períodos perfectamente determinados y característicos.

En el primero, la población se mueve al impulso de las fuerzas vegetativas; en su vida rudimentaria sólo interviene el instinto de conservación y acrecentamiento de sus elementos materiales. Circunscribe sus anhelos al logro de los medios de subsistencia y sus goces se cifran en el placer material. El resultado de esta infancia social es únicamente el aumento numérico de los individuos; ni agranda sus dominios, ni conoce las bellas artes, ni siente impulsos para cultivar las ciencias. Comparando este período inicial de la población con el embrionario del organismo, nos sorprende en ambos la extraordinaria intensidad de la fuerza formativa. Los individuos, cual células ó globos vitelinos, proliferan al infinito, constituyendo un conjunto uniforme de elementos homogéneos, como los que componen la mucilaginoso masa del embrión. Así como en éste no se descubren tejidos ni órganos distintos, tampoco población tan rudimentaria presenta categorías sociales, ni familias preeminentes, ni jefes de gobierno, ni esclavos, ni señores. Es, por decirlo así, un *amorfismo popular*, un estado social *anhisto*. Únicamente (del propio modo que en el sér embrionario) se barrunta el predominio de la fuerza física, que en el elemento social no es otra que la fuerza muscular; el débil es ya sacrificado al más robusto.

En su mocedad, los pueblos se tornan guerreros y ambiciosos; despliegan su vigor en los combates y cifran su afán en enriquecerse por medio de conquistas. Este período de la evolución es de todo punto análogo al de la adolescencia del individuo. Ostentan irresistible impulso á cambiar de sitio; no arraigan en ningún terreno; se cobijan en tugurios portátiles ó abandonan y quizás destruyen las chozas trogloditas en que nacieron, y siguiendo el curso de las aguas, se precipitan de la cumbre á la ladera, de la ladera á la cañada, de la cañada al torrente, del torrente al río y del río al litoral, en donde se detienen sólo el tiempo indispensable para construir un esquife con que surcarán los mares, visitarán otras costas y sentarán su planta domadora en otros y tal vez más vastos continentes.

La tercera época es la edad cerebral de las naciones, y corresponde á la virilidad del hombre. Fijo en sus territorios, harto de conquistas, enlazado con otros por vínculos comerciales, entra en un período de opulencia y de sosiego, en que tranquilamente desenvuelve sus aptitudes industriales y artísticas, hace florecer las ciencias y consolida y vigoriza sus leyes.

### IV

Es innegable que la ley del progreso impera y es obedecida así por los individuos como por las colectividades de la especie humana; pero es también indudable que el desenvolvimiento de los hombres y de los pueblos es producto inmediato de su actividad voluntaria y consciente y que cada uno puede obrar libremente para el auge de sus potencias y aptitudes.



El progreso será más ó menos sólido y más ó menos verdadero, según sean racionales ó impropios los procedimientos que se empleen para procurar nuestro desarrollo físico y moral.

Por esto la lozanía de un pueblo crece ó se amengua á tenor de las instituciones higiénicas que le rigen; así enferma y sucumbe precozmente el individuo que no se precave de los rigores atmosféricos, ni procede con la debida cautela en la selección y condimentación de sus alimentos; así se estacionan en su marcha, enferman, degeneran ó mueren los pueblos que no atienden á su salubridad.

La muerte de un pueblo, como la del individuo, no es la aniquilación, sino la disgregación de sus elementos, los cuales entrando de nuevo en el comercio de la vida, pasan á formar parte de otros organismos particulares ó colectivos. Babilonia, Menfis, Jerusalén, Palmira, Tiro y Cartago son cadáveres históricos, que sirven para patentizar como los pueblos más adelantados enferman y sucumben por causa de sus vicios. España, nuestra propia España, ciega de intolerante fanatismo, ¿no vió, en menos de dos siglos, bajar á seis millones una población que ascendía á 18 millones de habitantes? ¿No perdió, expulsando á los moriscos y á los judíos, sus más ricos tesoros industriales, artísticos y científicos? ¿No acabamos de presenciar cómo la población de Egipto, petrificada á la sombra de sus tan famosas como inútiles pirámides (tumba de una de las civilizaciones más florecientes de la antigüedad y mausoleo de sus faustosos reyes), ha sido empleada cual fuerza mecánica inconsciente en la apertura del canal de Suez, sin recabar ni un átomo de la inmarcesible gloria que por tan gigantesca empresa ciñe la sien del europeo?

¿A qué se deben esas debilidades, esos decaimientos precursores de la muerte en los pueblos que más altos timbres alcanzaron? Los pueblos no envejecen, no experimentan ese proceso regresivo espontáneo que no es normal y fisiológico en los individuos; el pueblo, por consiguiente, sólo muere de alguna enfermedad, en cuya etiología figuran los vicios, la opulencia, el lujo, los goces inmoderados, el escaso amor al trabajo, la carencia de reacción contra los opresores y sobre todo la escasez de luz intelectual para oponer infranqueable dique á imposiciones teológicas absurdas, que así abaten los derechos de la razón, como merman ese sentimiento innato de dignidad que nos impulsa á perfeccionarnos cultivando el espíritu.

Vastísimo campo debería recorrer si me propusiera seguir la historia de las diferentes instituciones higiénicas, comparando su desarrollo con el de los sentimientos y talentos de los pueblos. Semejante tarea ni cabe en los reducidos ámbitos de un discurso, ni hace al caso para probar la tesis de que la cultura higiénica se atempera al adelanto moral é intelectual de la población. Bastará á mi objeto fijarme en algunos puntos históricos de interés más culminante.

En todos tiempos y países la higiene pública se ha confundido con la legislación, sagrada ó profana, civil ó guerrera de los pueblos. El fundamento antropológico de las leyes sanitarias es una conquista modernísima. Cuando la población, débil para el pensamiento, es atraída por sentimientos que la inclinan á empaparse de creencias maravillosas, el Gran Sacerdote, el Profeta ó el Brahma, son los que entienden de su higiene.

Los israelitas, prestando acatamiento al Levítico, secuestran rigurosa-



mente á los leprosos, purifican las moradas que éstos habitaron, raspando las paredes, queman los muebles de su uso y acuden á la serpiente de cobre para curarse del asqueroso dartros. Para precaverse de males, al parecer inherentes á su casta, someten á cruenta circuncisión á los varones recién nacidos; observan la prohibición de la carne de gran número de animales reputados inmundos, que, tales como el cerdo, el conejo y muchos volátiles, son apetitosos á nuestros paladares. Para conservar el aseo y limpieza en el irritable cutis de los descendientes de Abraham, expuestos á los rigores de climas extremadamente cálidos, se les ordenan abluciones y purificaciones, y las mujeres, tal vez más propensas que las de otros países á flujos infectantes ó simplemente corrosivos, se someten á las privaciones consiguientes á la declaración de su impureza, mientras duran las evacuaciones catameniales y puerperales. Todos estos preceptos están escritos en el sagrado libro, y su observancia tiene todos los caracteres de un rito.

¿A quién no sorprende la semejanza de la higiene que campea en la ley mosaica con la que encierra el Korán? En éste último, proscripción de la carne de cerdo, del ajo, del vino y prescripción de baños y abluciones... ¿No parecen leyes hechas para unos mismos hombres y para unos mismos países en épocas, sin embargo, tan distantes? ¿Por qué en ambas el precepto higiénico reviste los caracteres de mandato divino? Porque las dos legislaciones fueron obras de caudillos religiosos, que ya que no pudiesen explotar la razón de pueblos incultos y avezados á la servidumbre, debían llamar á las puertas del instinto de lo maravilloso, cuyo desarrollo coincide siempre con el apocamiento de la inteligencia.

Junto al código higiénico-religioso del pueblo de Israel, descuella en la historia la organización legislativa de los pueblos que constituían la Grecia antigua.

Aquí ya no es el sentimiento místico, sino el amor á la patria, el fundamento de las costumbres.

La nacionalidad absorbe por completo al individuo y aun á la familia.

En Esparta se requieren ciudadanos ágiles, osados y vigorosos. Para afianzar la perpetuación de estas cualidades, procúrase á las mujeres una educación esencialmente varonil. Así su alma está templada al fuego del patriotismo y su cuerpo se hallará en aptitud de transmitir análogas disposiciones morales á la prole.

— «Vosotras, las espartanas — decía una extranjera á la esposa de Leonidas, — sois las únicas mujeres que tenéis ascendiente sobre los hombres».

— «Es porque somos las únicas que damos hombres al mundo», respondió la interpelada.

Una espartana escribía á su hijo, de quien sabía que había vuelto la espalda al enemigo:

— «Corren rumores acerca de tu conducta; hazlos cesar dándote la muerte».

— «Vuestro hijo ha muerto en su puesto como un valiente».

— «Que entierren al muerto; que su hermano ocupe su lugar», respondió otra madre espartana.

— «Vuestros cinco hijos han muerto en el combate» — decía un emisario.

— «No os pregunto por mis hijos, sino quién ha triunfado».



— « Esparta triunfa ».

— « En este caso mi pérdida será llevadera y me resigno á sufrirla » — repuso la madre.

Por estos rasgos, que en nombre del amor patrio, merecen la calificación de heroicos, se comprende á qué grado de endurecimiento habían llegado los lacedemonios bajo el regimen de Licurgo. El hogar no era más que el albergue del niño y de la mujer, quien en vez de ataviarse con lujo y coquetería, mostraba sus naturales gracias, vistiendo sólo leve túnica, que no pasaba de las rodillas. De esta suerte los jóvenes, libres de la curiosidad del misterio de la sexualidad vestida, sentían menos el aguijón del sensualismo. El pudor femenino se abroquelaba, empero, en una ley que condenaba á muerte al que deshonoraba una doncella. En cambio, el hombre, al casarse, adquiría la mujer como una propiedad, de que sin embargo podía desprenderse repudiándola y enlazándose con otra. ¿Por qué extraña falta de equidad, en un pueblo tan generoso y liberal, esta prerrogativa no era reconocida en el otro sexo?

« No es lícito aplaudir en absoluto la obra de Licurgo. Aislados los espartanos de toda relación con las otras naciones; acostumbrados por medio de una gimnástica especial de la sensibilidad, á despreciar el dolor y el sentimiento; completamente desconocidas para ellos las artes que suavizan el carácter; avezados á una frugalidad que se ha hecho proverbial, pues apenas probaban otro alimento que la repugnante *salsa negra*, y nunca enervados por el influjo relajante de los baños, toda vez que sólo de la estufa seca hacían uso; de hombres vigorosos y valientes vinieron á degenerar en una nación de fieras; el indomable orgullo de sus virtudes cívicas acabó por extinguir todo sentimiento de humanidad, y ese dechado de pueblos fuertes se entregó con horrible complacencia á los suplicios más bárbaros y atroces» (1).

Cuán diferentes manifestaciones tenía el amor entre los atenienses, pueblo liberal y patriótico, si los hubo, pero al fin más blando, sentimental é ilustrado que el de Esparta. El día de la boda viste la novia traje de oro y púrpura; collares de preciosas perlas adornan su garganta; el futuro esposo luce rico vestido, trabajado por las manos de su prometida; jóvenes de ambos sexos, que forman festivo acompañamiento, se adornan la frente con guirnaldas y siembran de flores el camino que han de pisar los novios; éstos, unidos por la rama de yedra, que simboliza los lazos, llegan al pie del altar, en donde el sacerdote sacrifica una becerra dedicada á Diana y á Minerva, que no conocieron el vínculo conyugal; á Júpiter y Juno, divino emblema del amor imperecedero; al Cielo y á la Tierra, de cuyo consorcio resultan la fertilidad y la abundancia; á las Parcas, de cuya mano pende el hilo de la vida de los hombres; á las Gracias, que embellecen la existencia de los conyuges dichosos, y á Venus, madre del amor y de los deleites del tálamo nupcial. Así, invocando todos á Himeneo (joven de Argos, quien, por haber restituido á Atenas las doncellas que habían robado los corsarios, obtuvo la mano de la más bella de las cautivas, á quien tiernamente amaba), queda realizada la unión de los consortes.

Persia, en tiempos de Ciro (533 antes de J. C.), presenta en el occidente del Asia, un reflejo de la civilización lacedemónica. Los persas no habían

(1) Véase mi *Curso elemental de Higiene privada y pública*, 2.<sup>a</sup> edición. t. II, *Higiene pública*, pág. 35.



todavía experimentado el relajante contacto de los medas, ni recibido de Alejandro el yugo de la servidumbre. Como en Esparta, el varón abandona el hogar paterno al frisar en su adolescencia, y pasa á ser patrimonio de la nación; los ancianos magistrados le educan en rudos ejercicios, obliganle á levantarse con el alba, sométnle á duras privaciones, le acostúmbra á experimentar los dolores del hambre y le conceden régimen tan frugal, que apenas le permiten comer más que pan y cardamomo, y el agua es su única bebida. Al terminar tan riguroso noviciado, el joven comienza su instrucción guerrera; come sólo una vez al día; la nación no le abona más que una ración de pan y berros, pero le es lícito procurarse otros alimentos por la caza; duerme al raso y sin abandonar las armas, á fin de que su organismo resulte curtido en la intemperie. A los 25 años es declarado mayor de edad y soldado de la patria, oficios que desempeña activamente hasta los 50 años, en que entra á formar parte de la milicia sedentaria, á quien está encargada la custodia y defensa de la ciudad. Tan rígidas eran las leyes de Ciro, que les estaba prohibido á los persas dejar el trabajo, ni aún para satisfacer las necesidades más urgentes del organismo y eran miradas con asco las acciones de sonarse y de escupir en público.

Licurgo, preveyendo que el uso podría relajar la fibra y enervar el ánimo de los espartanos, les había prohibido los baños; sólo les era permitida la estufa seca; en cambio, todas las ciudades importantes de Grecia abundaban en suntuosos establecimientos balnearios. Más tarde, cuando Roma, más por la astucia que por la fuerza, vino á ser la reina del mundo, estableciendo, según antigua usanza, odiosas distinciones entre patricios y plebeyos y entre dueños y esclavos y libertos, Roma, digo, sedienta de lujo y de toda clase de placeres y voluptuosidades, dió extraordinario desarrollo á la balneación. Aun en sus ruinas se descubren elocuentes testimonios de la magnificencia de las termas, piscinas y *loconimus* erigidos en las épocas de Nerón, Agripina, Diocleciano y Trajano; aún conserva la historia aquellos rasgos de servil imitación de las aficiones balnearias que Augusto, curado en España á beneficio de este agente higio-terapéutico, por nuestro Antonio Musa, había traído á Roma; aun resuena la voz de Séneca (ese aplaudido adulator de los crímenes de su discípulo Nerón), quien en los círculos de los cortesanos, refería como uno de los hechos más gloriosos de su vida, el haberse bañado en el Tiber en las calendas de Enero. *Neque literas didicit nec natare* (no sabe leer ni nadar) era el más denigrante estigma para un patricio romano en los tiempos del Imperio.

¡Qué flojedad de costumbres, cuánta molicie, cuán refinado epicurismo debía reinar en un pueblo que, en tiempo de Justiniano, contaba 815 baños, entre particulares y públicos, 1,342 estanques ó piscinas, 15 ninfeas y 6 nau-maquias, surtidos todos por 14 acueductos y que tuvo que inventar los nombres de *fricatores*, *tractatores*, *alipillarii*, *picatrices*, *olearii* y *uncteres*, para designar las diferentes especialidades cosmetológicas á que se dedicaban gran número de personas desempeñando las prácticas anexas y accesorias de los baños!

No, la historia no desmiente mi aserto; el índice higiénico de un pueblo revela de un modo constante y preciso sus sentimientos y su instrucción; la balneación abusiva ha sido siempre indicio de voluptuosidad, compañera del lujo, causa de la relajación y síntoma inequívoco de que la sociedad consta



de hombres que profesan aversión al trabajo, mientras otros gimen en la esclavitud. Roma, en la época del Imperio, se macera en el baño y se prepara á ser disuelta á la primera agitación... Así el añoso tronco, sumergido en cenagoso estanque, se reblandece y se pudre hasta convertirse en glutinoso limo que, apenas removido, exhala fétidos miasmas.

A esta higiene, de tendencias esencialmente somáticas, que en los pueblos espartano y persa denota la rigidez de la fibra, así como en el heleno una bien entendida proporción entre lo flojo y lo duro, y en Roma la relajación y agotamiento de las viriles condiciones que distinguieron á los hijos de Rómulo, opone la historia la civilización que arranca de las místicas especulaciones de Pitágoras y de las utópicas enseñanzas de Platón.

El pitagórico sólo se preocupa de perfeccionar su espíritu; de abatir el cuerpo para que domine el alma. La carne le estorba; es el pesado fardo de su vida. Es necesario aliviarse de carga tan inútil como engorrosa. Por esto el crotoniaco es proverbialmente sobrio; le está vedado verter la sangre de los animales para hacer uso de sus carnes; sólo prueba alimentos vegetales; es abstemio; impónese rigorísimo silencio; no le es permitido levantar sus ojos hasta el nivel de la doctrina del gran maestro; si alguna frente es osada contra la autoridad doctrinaria, dóblase como esbelta miés ante el célebre *magister dixit*. El pitagórico, en fin, es un hombre que no aspira sino á aislarse del mundo cósmico, para vivir sumergido en las sutilísimas regiones de su delirio psicológico.

Y ¿qué es Platón? Platón, en su utópica República, pretende formar el carácter de un pueblo por medio de la gimnástica y de la música. Con la gimnástica muscular se propone fomentar el vigor corpóreo, y con la *música* (palabra comprensiva de todo lo concerniente á las *musas*, esto es, no sólo la armonía de los sonidos, sino también la poesía, la pintura y hasta las ciencias teóricas), aspira al desarrollo de los elementos psíquicos.

He aquí unas creaciones higiénicas inoportunas por sobrado precoces; el filósofo de Samos, el fundador de la escuela itálica (llamada así del país en donde Pitágoras explicó por primera vez sus doctrinas), fué venerado como un hombre maravilloso y sobrenatural; pero los pitagóricos no lograron dar arraigo á sus principios. Han de transcurrir muchos siglos, se necesitará una predicación teológica (el cristianismo) para que el ayuno y la maceración del cuerpo encarnen en los hábitos populares. Platón halló al menos adeptos en muchas ciudades de la Grecia, cuyas leyes prescribían hasta las cuerdas que debía tener la lira, y al paso que aceptaban los modos dorio y frigio de la música, por lo varonil el primero y por lo majestuoso el otro, proscribían el jonio y el lidio por sobrado sentimentales.

Este suceso histórico demuestra, señores, que si el pitagoricismo no sobrevivió á Pitágoras; si los pitagóricos fueron violentamente arrojados de Crotona, Heráclida y Metaponto, desde el punto en que quebrantaron el prudente consejo del maestro de *abstenerse de las habas*, esto es, de intervenir en las votaciones y negocios públicos, fué porque la humanidad aún no había salido del molde de su adolescencia, y por consiguiente, aún no había entrado en el período de su desarrollo cerebral. Rebelábase el pueblo contra todo lo que oponía obstáculo al natural desenvolvimiento de sus músculos y al ejercicio de sus sentidos externos; quería sentir, tenía necesidad de moverse. Así el joven ágil y vigoroso desgarró los vestidos que,



ajustándose demasiado al cuerpo, no le dejan correr, saltar ó trepar á las copas de los árboles. Por esto y no por otras causas, la higiene pitagórica no pudo ser el índice intelectual ni moral de Grecia y Roma.

V

Puédese considerar definida la edad cerebral de un pueblo desde el momento en que los resultados de su actividad se traducen por el predominio de las ciencias y de las artes sobre las creencias y las armas.

Crear es como sentir; no es efecto de una operación intelectual, sino resultado de un fenómeno estético.

Cree todo aquel que tiene fe, es decir, el que está dotado de cierta flexibilidad y ductilidad de espíritu que le consiente asimilarse más bien lo que han producido otras inteligencias que lo que se ha elaborado en su propio cerebro.

Por las operaciones del pensamiento nuestra inteligencia crece por intuscepción; las creencias dan un aumento intelectual por yuxtaposición. De aquí que las creencias estén como extratificadas en la mente, y no es raro que vacilen y se desmoronen, al modo como se exfolian los exquisitos pizarrosos.

El que vive de creencias efectúa su nutrición intelectual como los polluelos de ciertas aves, que sólo degluten los granos que sus padres les introducen en la faringe después de habérselos macerado en el buche. Es una ingestión sin selección, ni prensión, ni masticación, ni insalivación. Ya se ve que una tal tutela bromatológica es una evidente reminiscencia de la vida embrionaria, y sólo dura lo que la más tierna infancia. Si se prolonga, hay indicio inequívoco de aberración fisiológica por detención de desarrollo.

Este principio biológico es de cabal aplicación al desarrollo social.

Pensar, es obrar activamente; creer, es operación pasiva del espíritu.

De donde el histórico antagonismo entre las ideas y las creencias y entre la ciencia y la fe.

La infancia y la vejez son las edades en que predomina la credulidad. En ambas, la potencia intelectual es defectuosa.

En la juventud y en la virilidad se entibian las creencias más añejas.

Se ve, en una palabra, que quien más cree, menos piensa.

Ni la fe ni el talento son productos de nuestra voluntad.

Ni reforzada por la punta de una espada, al grito de « cree ó muere », la fe, en realidad, no aumenta ni disminuye; nadie cree más que puede creer, porque la fe es una virtud sobrenatural.

Tal vez consiste en una debilidad transitoria que amortigua el deseo de saber; ¿ si será por esto que se ha estigmatizado con el epíteto de espíritus fuertes á los poco inclinados á la fe ?

Ya hemos visto lo que dan de sí las civilizaciones fundadas en las creencias y en los instintos bélicos. En cambio, cuando aquélla tiene por base la razón humana, la higiene estereotipa el adelanto de las ciencias y de las artes. En este caso la higiene comienza á vivir como ciencia que tiene por objeto la aplicación de todos los conocimientos humanos á la conservación de la salud.

Desde este instante, la higiene, sin dejar de hallarse en el espíritu de las leyes y de las costumbres, tiene libros que compilan sus conocimientos.



Un importante ramo de la Administración pública se consagra al especial cuidado de la salubridad de las campiñas, de las urbes y de los mares.

Los legisladores buscan la inspiración de los códigos en los principios de las ciencias antropológicas.

Emanan de los poderes del Estado luminosas instrucciones populares encaminadas á exponer los procedimientos científicos destinados á precaver las enfermedades y á hacer frente á las calamidades públicas.

Promuévense Congresos internacionales de higiene y salvamento, en donde cada nación hace representr sus intereses y adelantos sanitarios por médicos eminentes.

Ven la luz pública trabajos especiales que difunden y vulgarizan los conocimientos higiénicos.

Hasta los periódicos políticos consagran una sección de las más interesantes á estos asuntos.

Todas las artes, todos los oficios, todas las industrias y todas las profesiones tienen escrita su higiene especial.

Hay leyes, reglamentos y ordenanzas para la protección y amparo de los débiles y desvalidos.

Fúndanse asilos especiales para huérfanos y expósitos.

Hay casas de maternidad, convenientemente saneadas, para precaver la fiebre puerperal, que asilan púerperas pobres ó tocadas de deshonoroso estigma.

Se erigen numerosos y salubres hospitales generales y especiales.

Los alienados son custodiados y medicados en asilos cómodos y tranquilos.

Los obreros aquejados de males de poca monta, por los cuales no tienen absoluta precisión de abandonar el taller, encuentran asistencia médica y auxilios farmacológicos en el Dispensario.

La prostitución (esa llaga que será inevitable en todas las sociedades del mundo, mientras no se opere la redención de la mujer, concediéndola el derecho al trabajo remunerado y á la instrucción sólida) está reglamentada y reducida á los menores inconvenientes posibles.

La mendicidad es cohibida, pues el Estado, la Provincia ó el Municipio deparan al indigente, hábil para el trabajo, pan y albergue junto al taller, y á los inválidos, socorros colectivos ó domiciliarios, según la medida de su desgracia.

Los mercados públicos son asiduamente vigilados para evitar fraudes, sofisticaciones ó adulteraciones en los artículos de consumo.

Las viviendas del obrero son objeto de minuciosa inspección, al objeto de evitar que la desmedida codicia prive de aire y de luz á quienes, más que otros algunos de estos elementos necesitan, porque si por una parte el ejercicio muscular hace de su cuerpo un vivísimo foco de combustiones, por otra los alimentos que puede proporcionarse con el producto de su trabajo, no son de los más succulentos y reparadores.

Se atiende á la conveniente dotación de aguas (esto es, 30 litros por individuo cada 24 horas), y á su distribución equitativa entre las fuentes públicas, riego superficial, arbolado, arfaste subterráneo de detritus y excreciones, depósitos preventivos para casos de incendios, lavaderos, baños públicos y usos domésticos.



No son tolerados en el seno de la urbe, ni á cierta distancia de la misma, industrias insalubres, incómodas ó peligrosas, ni focos de infección pútrida ó pestilencial, y si hay río ó mar, se procura asiduamente establecer un buen dragado que evacue los materiales que, pudriéndose en el seno de las aguas, mefitizarían el ambiente.

Hay un servicio médico público, sostenido por fondos municipales, que así responde á las necesidades de los tiempos normales como á las urgentísimas y apremiantes de los en que reina una epidemia.

Diseminadas por todos los ámbitos de la población y en mayor número en los barrios donde prepondera el movimiento comercial ó fabril, se encuentran Casas de socorro, dispuestas á proporcionar los primeros y convenientes auxilios curativos á los que son víctimas de accidentes fortuitos.

Se establece lo conveniente (tal vez se erigen casas especiales) para evitar el enterramiento de personas vivas; hecho que no deja de ser frecuente, particularmente durante las epidemias, en las poblaciones que carecen de servicio adecuado para la verificación de las defunciones.

Según el radio de la urbe, hay asimismo una ó varias necrópolis en sitios convenientemente apartados del casco urbano, en buenas condiciones geológicas y orientadas, de manera que los efluvios de la descomposición no puedan ser llevados por las corrientes dominantes á las moradas de los vivos y no consintiendo ni enchamientos ni sepulturas, sino la inhumación ó la cremación de los cadáveres.

Si las instituciones políticas giran con completa independendencia de imposiciones canónicas, los cementerios se secularizan, y como su administración compete exclusivamente al Municipio, no se ven en su recinto ingratas distinciones entre fieles é impenitentes, cumpliéndose con el mayor rigor la igualdad entre los muertos.

Tales son (siquiera queden otras muchas por enumerar) las manifestaciones higiénicas de la edad cerebral de un pueblo, siendo indicio seguro de su mayor ó menor cultura los diversos grados de perfección á que en tales conceptos su legislación alcanza y el esmero con que el Gobierno procura la observancia de las prescripciones higiénicas.

## VI

El análisis de algunos puntos culminantes es indispensable para ver prácticamente demostrado de qué manera el progreso higiénico coincide con el adelantamiento intelectual y moral de los pueblos.

Por este respecto es, sin duda, interesante el examen de las leyes que presiden á la densidad de la población.

No es el número absoluto de individuos de una nación, sino el proporcional de éstos con la extensión de sus territorios lo que indica su riqueza.

No crecen plantas en tierras áridas y desjugadas; tampoco el hombre puebla regiones que ni ofrecen suficientes subsistencias ni son susceptibles de ser beneficiadas por el trabajo.

Pero así como la vegetación, lejos de disminuir la fertilidad de los campos, los hace cada día más feraces, á causa de que los productos y detritus de las plantas preexistentes son materiales útiles para otros vegetales, así también el aumento numérico de los individuos de la especie humana pro-



pende á acrecentar las subsistencias, en razón á que cada uno con su trabajo aumenta la producción. Es que, representando el hombre la fuerza y la tierra ó suelo la materia, y aumentando las utilidades de ésta á proporción que sobre ella reaccionan las fuerzas, á todo aumento de población (á no mediar extrañas irregularidades) debe corresponder aumento de riqueza.

Existen, efectivamente, en este concepto algunas anomalías ó irregularidades, que merecen consignarse para evitarlas ó corregirlas.

Si la población, siendo sobrado densa, es decir, excediendo de la proporción que debe guardar con la extensión y fertilidad del territorio y de la comarca, consta de elementos poco activos; si las aptitudes de éstos se hallan cohibidas por instituciones contrarias al esparcimiento físico y moral de las fuerzas humanas; si una parte de los habitantes se entrega al ocio y á los goces, mientras otros riegan el suelo con el sudor de su rostro; si, en fin, para unos la vida es puro consumo, y para otros todo trabajo y penalidades; entonces la nación, lejos de tender al progreso, se encamina decididamente al decaimiento; se resentirá profundamente la salud pública; vendrán carestías, y en pos de éstas el hambre, que se cebará primero en el proletario, ascenderá luego á las clases acomodadas, y pronto el señor, al paso que perderá sus siervos, vendrá á ser el esclavo de su impotencia, de sus necesidades y de sus vicios. El que juega con la dignidad humana, se entrega á un juego peligroso, en que más pierde quien es más rico.

Contra estos males, que pueden calificarse de calamidades públicas evitables, por lo mismo que son previstas, la Higiene invoca un preservativo tan santo como eficaz: libertad y justicia.

Cuando las campiñas quedan desoladas, aglomerándose la población en los grandes centros urbanos, hay indicio positivo de que las industrias manufactureras están en auge, y de que se profesa el error que es posible producir bueno y barato, careciendo de primeras materias. Esto arguye una vituperable imprevisión administrativa consistente en dejar sin protección ni luces al agricultor, mientras con remuneraciones ilusorias, son atraídos á las ciudades los brazos de que la tierra tanto necesita. ¿Por qué los gobiernos no se acuerdan de la industria agrícola sino para anonadarla con nuevos y más gravosos impuestos?

Si en alguna población los obreros se alejan del núcleo urbano, sentando sus moradas en la periferia y creando suburbios (verdaderas gemmaciones de la urbe, á la cual no tardarán en adherir íntimamente) se puede estar seguro de uno de los siguientes hechos: ó que hay un movimiento comercial intestino de mucha importancia, que en la parte más céntrica de la urbe se ejercita con efectos producidos en la misma localidad, ó que existe una administración pública muy complicada, y que, por lo mismo, necesita muchas y muy vastas oficinas en el centro, ó que hay grandes desniveles de fortuna y aun más desigualdades de casta, disfrutando los que preponderan por la riqueza ó el poder de las ventajas de la mejor situación topográfica, y quedando los trabajadores relegados á las viviendas más humildes y más distantes del centro, ó, en fin, que el fisco impone fuertes derechos en los artículos bromatológicos, lo cual, aumentando su precio, obliga á la clase jornalera á proveerse de ellos fuera de la zona fiscal, ya que su haber no alcanza para comprarlos en los mercados de la ciudad.

No es menos importante, como indicio de la civilización de un pueblo, el



dato que expresa la proporción entre su fecundidad y su mortalidad. No deben echarse en olvido las influencias del clima; en concepto de Quetelet, en los países del norte de Europa, muere anualmente un individuo por cada 41'1. En los climas próximos al Ecuador, Moreau de Tours ha llegado á los siguientes resultados; á 6°10' — Batavia — una defunción por cada 26 habitantes; 10°11' — Trinidad — 1 por cada 27; á 13°54' — Santa Lucía — 1 por 27; á 14'14' — la Martinica — 1 por 28; á 15°29' — Guadalupe — 1 por 27; á 18°36' — Bombay — 1 por 20 y á 23°11' — la Habana — 1 por 83. De donde resulta que la mortalidad aumenta á proporción que nos aproximamos al Mediodía, y aun se ha notado que la disentería, las calenturas palúdicas, las hepatitis y el tifus icterodes, causas de la mayor mortalidad de las latitudes meridionales, son mucho más frecuentes en los climas boreales que en los australes situados á iguales distancias del Ecuador.

Partiendo del supuesto de que de cada 100 mujeres que forman la totalidad de la población, hay 20 susceptibles de ser fecundadas, esto es, de 17 á 45 años de edad, y siendo posible que, en buenas condiciones fisiológicas puede cada una dar á luz una criatura cada dos años, Vappæus ha dicho que el bello ideal de la fecundidad de una población, sería una producción de un 10 por 100.

No perdiendo de vista este tipo ideal, será fácil medir la cultura higiénica, y por ende el adelantamiento moral é intelectual de un pueblo, teniendo en cuenta su fecundidad y no olvidando que son contrarias al incremento numérico de la población la poca salud del sexo femenino, la escasez y corta renumeración de los salarios, la carestía de víveres, la prostitución, la extraordinaria facilidad para el divorcio legal y los ejércitos permanentes, mayormente si el reemplazo se hace por el sistema de quintas, que priva del matrimonio por muchos años á un considerable número de jóvenes.

Pero el indicio higiénico más importante no es ni la mortalidad ni la fecundidad, sino la longevidad de la población, es decir, que no tanto debemos preocuparnos de que ésta tenga mucho movimiento é incremento numérico, superando los nacimientos á las defunciones, sino de que los individuos gocen larga y lozana existencia. Porque el caso es que costando no pocas atenciones y dispendios la creación y sustento de un ciudadano hasta que llega á la edad de producir algo útil á los otros y de bastarse á sí mismo (que son precisamente los fines de la vida social), no sería beneficioso, sino antes bien penosa carga para la colectividad, tener muchos miembros débiles, enclenques é improductivos, para perderlos tempranamente, esto es, antes de que de su actividad se reportasen algunas utilidades.

Por esto la Higiene pública propende á producir vida robusta y lóngeva en la población numerosa. Téngase, empero, entendido que la salubridad de una población no puede ni debe medirse por el número de sus individuos que alcanzan á una edad muy avanzada; al contrario, hay numerosos ejemplos de que ha aumentado la salubridad al par que disminuído el número de centenarios de la población. Londres, en el quinquenio de 1837 á 1842, tenía una vida media de 24 años y contaba 58 centenarios, al paso que el trienio de 1838 á 1841, ofreció, á causa de un aumento de las condiciones de salubridad una vida media de 27 años, y tenía sólo 22 personas seculares.

Diremos, pues, que el progreso higiénico de un pueblo debe medirse, no por su densidad, ni por su fecundidad, ni por su longevidad, sino por la



*vida media* á que alcanzan sus individuos, la cual se determina sumando los años de vida de las personas que forman una población y dividiendo el resultado por la suma de aquéllos. Si suponemós 12 personas que hayan vivido respectivamente 2, 7, 8, 18, 30, 35, 38, 40, 45, 55, 60 y 75 años, tendremos como suma de estos guarismos, 414, que divididos por 12, nos dará  $34\frac{2}{3}$  como vida media de cada uno.

## VII

Veamos ahora como las condiciones materiales de las urbes señalan el nivel intelectual y moral y aun la historia de la población. Distingamos para proceder con orden lo que se refiere á la comarca, á los suburbios y al núcleo urbano.

Toda urbe emplazada en la cumbre de una montaña, es testimonio de su origen bélico. Escogióse esta posición como la más favorable para la defensa. Por esto todas las poblaciones que se hallan en este caso son ó han sido amuralladas y tienen ó han tenido fortalezas.

Son de origen agrícola las urbes que aparecen en una meseta. Desde esta altura central, que domina una grande extensión del término municipal, los moradores, al paso que se hallan en favorables condiciones para acudir á los campos que cultivan, vigilan las tretas de un enemigo más ó menos insidioso y se ponen á salvo de una sorpresa.

La urbanización sigue siempre el curso de las aguas; rarísimas veces asciendo desde la llanura á la ladera y á las cumbres, sino que casi constantemente se derrama en sentido inverso, mostrando poca tendencia á propagarse por las vertientes septentrionales y occidentales, y antes bien prefiriendo esparcirse hacia el Oriente y aun más al Mediodía. Así que las urbes que ocupan las laderas, puédesse afirmar que tuvieron su cuna en las cumbres.

Toda población situada en una cañada surcada por un río, es agrícola ó industrial. Si lo primero, el río se nos presenta sangrado para fertilizar los campos; si lo segundo, veremos saltos y cascadas, naturales ó artificiales, que se utilizan como fuerza motriz. Si el río es navegable, además de agrícola é industrial, casi puede asegurarse que la población es también mercantil.

Toda urbe de importancia y de remoto origen que se levante en el litoral, puede afirmarse que fué fundada por advenedizos ó extranjeros, que en su actividad comercial, escogieron las playas más tranquilas para erigir depósitos para sus mercancías.

La historia y la vida de los *suburbios* está íntimamente vinculada con la vida y la historia de la urbe. ¿Hay un camino vecinal ó una carretera de mucho tránsito que se dirige á la urbe?... Se establecerán mesones, paradores ó posadas, que servirán de núcleo para una calle más ó menos larga y susceptible de ulteriores ramificaciones. ¿Los moradores de la ciudad no consienten que en el casco urbano se ejerzan industrias que les incomodarían ó serían peligrosas á la salud?... Se erigirán establecimientos fabriles extramuros, que atraerán una población más ó menos numerosa, que á su vez construirá casas en los alrededores de la fábrica? El fisco impone elevados derechos á los artículos de consumo, de modo que los comestibles y bebidas resultan



más caros dentro de la zona fiscal que fuera de ella?... Se establecerán en el extra-radio tiendas y tabernas, á las cuales subseguirán otras casas muy modestas, cuyos habitantes serán las personas más menesterosas, que no poseen lo bastante para vivir en el casco urbano. La población experimenta extraordinario aumento; las huertas y jardines urbanos han desaparecido, convirtiéndose en habitaciones; no bastando la yuxtaposición, se apela á la superposición de las viviendas; edificanse cuartos, quintos y hasta sextos pisos; la población, sin embargo, rebosa por todas partes; necesita espaciarse; entonces nace el suburbio por gemmación directa de la urbe; si existen murallas, son abatidas para que ningún obstáculo se oponga al impulso urbanizador.

También la configuración del núcleo urbano revela muchos puntos de su historia; si no tiene límites bien determinados, ni afecta una figura geométrica, es que la población se ha desarrollado sin vallas ni obstáculos extrínsecos y sólo al impulso de su propia actividad; si, al contrario, su forma es regular, es señal de que ha sido murada; si el recinto murado es cuadrado, la urbe reconoce un origen árabe; si rectangular, debió su fundación á los romanos; si poligonal y redondeado, su origen es feudal; si predomina ostensiblemente la longitud, indica que en un principio consistía solamente en una calle á los lados de un camino importante, ó en las márgenes de un río; si es circular, da muestra de que existió un centro de atracción, como por ejemplo, un mercado, un puente ó un establecimiento de administración pública.

Tienen las urbes límites naturales ó artificiales; el mar, un río ó una montaña son límites naturales; una carretera, un camino de hierro, un canal de riego ó de navegación son diques materiales impuestos por la mano del hombre; las zonas que para cobrar los impuestos sobre consumos establece el fisco y los límites jurisdiccionales de los respectivos municipios, son ejemplos de diques artificiales de índole administrativa.

No hay poder capaz de resistir la fuerza expansiva de la población; á ella ceden límites naturales y artificiales, materiales y administrativos; si hay un río, se echará un puente; si hay mar, terraplenará la playa; si un canal, torcerá su cauce; si una carretera, la convertirá en calle; si una vía férrea, cambiará de dirección ó se verá obligada á hacerse aérea ó subterránea, y en fin, si es la Administración, tendrá que variar sus zonas fiscales ó se verificará el amalgama de diferentes municipios. No hay resistencia contra las hipertrofias populares, como tampoco la hay en la economía animal contra las hipertrofias orgánicas... al impulso aneurismático del cayado de la aorta, son aplastados los pulmones, ceden las pleuras y hasta es perforado el esternón.

## VIII

Antes de pensar en la casa, los hombres, reunidos en sociedad, han atinado en las obras de pública urbanización. Antes nacen la torre, la fortaleza, las murallas y el templo, que el hogar doméstico. Es que las necesidades sociales surgen primero que las individuales, cuando los hombres se reúnen para prestarse mutuos servicios. Pronto el fuerte impera sobre el más débil, y el esfuerzo colectivo se dirige á secundar los caprichos del señor, olvidando las urgencias del individuo y de la familia. El castillo y el palacio dominan la urbe; la cúpula, el minarete ó el campanario imperan sobre los



tejados y las azoteas ; es una ostentación arquitectónica de la fuerza de las armas ó de las creencias. Viene día en que un señor se opone á otro señor, hay disputas sobre dominio, surgen rivalidades de poder ; el señor que nace, creyéndose fuerte en su derecho ó en sus armas, eleva su castillo á la altura del señor, cuyo poder decae. Ya se ha hecho el escándalo ; los oprimidos han visto prácticamente que no hay en la tierra poderes sobrenaturales ; en consecuencia, los menores quieren ser más, subiendo al nivel de los mayores ; siéntese el instinto social de igualdad, y cada uno levanta su morada hasta donde no tiene rivales. En tanto, las pirámides, los minaretes, las torres y las cúpulas, símbolos de la tiranía y del desprecio de los déspotas, son demolidos, ó al menos ya no ostentan su soberbia retando las nubes.

Y he aquí como, por la altura de los edificios, es dable conocer los sentimientos y los conocimientos de un pueblo. Tenemos á la vista una población en donde no se ven más que tejados y campanarios... muchos campanarios ; sus calles son angostas y tortuosas ; no aparece ninguna de esas colosales chimeneas que despiden nubes de vaporoso humo ; sólo una construcción moderna y aun bastante modesta aparece en los suburbios ; á ella adhiere largo tinglado, ennegrecido por el vapor ; es una ciudad levítica que siente los primeros halagos de la civilización. Visitémosla algunos años después ; ya veremos azoteas, menos tejados, menos campanarios y algunas fábricas.

Traspongamos el Pirineo, atravesemos los Alpes ó el imponente Jura, siguiendo en sentido opuesto las veloces aguas del caudaloso Ródano ; aproximémonos á la falda del Montblanch... á orillas del azulado Lehman veremos el prototipo de la urbe democrática. Es la cuna de Rousseau ; colossal estatua de broce, elevada sobre su pedestal, descuella en un bellissimo parterre plantado en una isla formada en medio del lago por la agradecida mano de los ginebrinos, manifestando como este pueblo conserva la memoria de sus grandes hombres. Aquí no hay desniveles de altura ; todas las casas, que apenas hay una que no parezca un palacio, guardan la misma elevación ; todas tienen techos inclinadísimos de lucientes esquistos ; vense millares de tubos ramificados, que son otras tantas tráqueas por donde efectúan su respiración, absorbiendo purísima atmósfera, las habitaciones caldeadas cual conviene á aquella latitud, ya bastante septentrional ; encanta la magnificencia y el número extraordinario de hoteles, sus calles anchísimas, bien pavimentadas, sin lodo y con anchas y asfaltadas aceras ; los numerosos y sólidos al par que elegantes puentes, que enlazan el ala derecha con el ala izquierda de la ciudad ; las redes de tranvías, muchas de ellas paralelas entre sí, para que el público sea juez de la competencia que la tracción por el vapor hace á la fuerza animal ; admira el activo movimiento de embarcaciones de vapor, llamadas *moscas*, que cada 15 minutos salen para dar la vuelta al lago ; complace las comodidades que encuentra el viajero en los ferrocarriles ; sorprende la suntuosidad y número de los edificios públicos ; aquí la Casa de la Villa, que contiene cuanto á la Administración cantonal concierne ; allá el hospital general ; no lejos el hospital de niños y otros hospitales especiales ; el Hospicio ; junto al Ródano, magníficos cuarteles ; al frente, la Facultad de Medicina, con tres cuerpos de edificio adosados, en cuyo frontispicio, con letras de oro están escritas respectivamente las palabras « Anatomía », « Fisiología » y « Patología », y en cuyos gabinetes sus renombrados profesores, con ingeniosos experimentos, no se dan descanso



para elaborar ciencia biológica para todo el mundo. Por todas partes Museos, que no se recorren en muchas horas; bibliotecas atestadas de preciosidades antiguas y modernas; colecciones arqueológicas de objetos que testifican la civilización desde el hombre miocénico y pliocénico hasta nuestros días; doquiera se encuentra una escuela pública de párvulos, de adolescentes ó de jóvenes, menudean asimismo las escuelas públicas de artes y oficios, verdaderas universidades de la industria; en un vastísimo parque, el novísimo teatro, coronándose de elegantes esculturas, mientras á sus pies agoniza melancólico el teatro antiguo, como expiando la falta de haber sido erigido á despecho de las predicaciones de Rousseau; en cada calle, una fuente; en cada fuente, una estatua, no de un guerrero ni de un santo, sino de un sabio ó de un filántropo, ó un grupo escultórico que representa un episodio glorioso de la libertad é independencia del pueblo suizo; por doquiera edificios más ó menos suntuosos dedicados á diversos cultos religiosos, cuya sola variedad revela la completa libertad de que disfruta la conciencia; el templo católico frente al anglicano; el templo ruso, con sus simbólicas esferas y cadenas de oro, no lejano de la sinagoga, de más modesta apariencia; sólo no se ven mezquitas. ¿Quién, á simple vista, en una tal ciudad, no conoce la hechura del sentimiento del moderno derecho y la expresión más elocuente del adelanto de la ciencia? ¡Qué mucho que los proscritos de la patria vayan á buscar generosa hospitalidad en ese edén de la tierra, mientras alienta su pecho la esperanza de más bellos días! ¡Qué mucho que un tal país sea elegido como región neutral cuando han de congregarse los autócratas, para decidir con la pluma lo que tal vez no han conseguido expresar suficientemente con las armas! ¿Por qué, en vez de terminar, no comienzan en Ginebra ó en Lausana las contiendas de los reyes?

En vano buscaríamos indicios de Higiene en la ciudad levítica; aquí no se hace más que concurrir al templo, rezar y roturar los campos, siempre ingratos, porque al agricultor, privado de vías de comunicación, de libros y de periódicos, y cuyo cerebro se nutre sólo de creencias, no le alcanzan los ecos de la ciencia. La urbe moderna ostenta hasta donde cabe todas las actividades humanas verdaderamente provechosas; las manifestaciones individuales no son sofocadas, sino antes bien aumentadas de intensidad por las colectivas. La grandeza de su higiene pública causa extraordinario desarrollo de los sentimientos y talentos de un pueblo que es libre y feliz... porque sabe y merece serlo.

## IX

Señores: no hay tiranía como la del tiempo. Con implacable severidad va devanando días, absorbiendo semanas y engullendo meses, á despecho de los que, deseosos de representar los intereses de la vida por productos útiles, le quisiéramos susceptible de retardar su acompasada velocidad, y obrando cual veneno estupefaciente en aquellos organismos que sólo viven para nutrirse y holgar. Víctima de ese déspota, que tan sin piedad oprime á los que trabajamos, me veo en las horas de la tarde del primer día de esta primavera, señalado por la Junta de Gobierno para la inauguración de las tareas del Ateneo, y aun mi discurso está apenas esbozado. Y para colmo de infortunio, ni mis enfermos, ni mi cátedra, ni mi manicomio, me otorgan hoy ni



un minuto más de los que, avaros, me han concedido en los quince días precedentes, en los que, robándolas al descanso, he debido consagrar algunas horas á este trabajo que, aun cuando quisiera, no podría calificar, puesto que ni tiempo he tenido para leer y corregir estos desordenados borradores.

El compromiso es á cada momento más premioso, pues aun es mucho lo que me falta para llevar mi tema á un mediano desarrollo. En tan grave conflicto, sólo me ocurre un expediente, al que voy á apelar, con vuestra condescendencia, y es exponer en forma aforística algunas de las indicaciones que determinan la relación entre el desarrollo higiénico y el moral é intelectual de los pueblos. Únicamente así resultarán menos visibles los grandes vacíos de este trabajo tan sin aliño.

## X

1.º El aspecto y condiciones físicas de la vía pública dan la medida del celo de la administración municipal, y hasta revelan los gustos y funciones de la población.

2.º Calles angostas y tortuosas, manifiestan grande atraso; suponen que la población ha carecido de ordenanzas municipales ó que éstas nunca han sido puestas en acción; descubren un espíritu de retraimiento y de mística quietud, poca afición al trato social y escaso movimiento mercantil; por último, indican, sin duda alguna, que la generalidad de los habitantes ignora la necesidad de que las viviendas estén bien ventiladas y por todos lados bañadas por el sol, resultando achaques y enfermedades cuando faltan estas condiciones higiénicas.

3.º No son indicios nada favorables á la cultura de un pueblo, las calles sin adoquines, asfaltos ú otros pavimentos más ó menos cómodos y permanentes. Si los deterioros del pavimento de las vías públicas no son reparados á tiempo, hay indicios de falta de numerario en las arcas municipales, ó de que los encargados de la edilidad invierten el dinero en cosas tal vez menos indispensables.

4.º Acusa imperdonable incuria en los habitantes la suciedad de la vía pública. ¡Cuántas veces vienen azotes epidémicos á castigar estas infracciones de los bandos municipales! Pero ¿qué se dirá de aquellas poblaciones que, pagando mucho por este servicio, no tienen calles limpias y convenientemente regadas?

5.º La importancia sanitaria y la riqueza material de una población dependen en gran parte de la cantidad y calidad de las aguas de que puede disponer y del modo como las distribuye y aprovecha para los usos higiénicos é industriales.

6.º El manantial que fertiliza campos y praderas ha de contribuir al desarrollo cualitativo y cuantitativo de los pueblos, pues poniendo á contribución las fuerzas del líquido elemento, los hombres extienden los alcances de su actividad industrial y al propio tiempo que, multiplicando los productos del suelo, acrecientan los rendimientos del trabajo.

7.º La urbe que en tiempos normales no se procura, aunque sea á costa de los mayores sacrificios, un caudal sobrante de aguas potables, contando para el cálculo el incremento probable de la población, da muestras de tener en este concepto una civilización muy inferior á la de los antiguos fenicios,



romanos y árabes que, como se sabe, rivalizaron en el plausible empeño de alumbrar aguas, canalizarlas y repartirlas equitativamente en las poblaciones. La que de tales olvidos padece sentirá tempranamente penuria en tiempos de sequía, verá morir el arbolado de sus paseos, agostarse sus parques y jardines, y carecerá del único agente aplicable al arrastre subterráneo de los detritus y materias excrementicias, cuya permanencia en la población mefitiza el ambiente, con grave perjuicio de la salud del vecindario.

8.º Hasta tal punto el agua es elemento indispensable á la vida colectiva, que aforísticamente se puede decir: urbe sin aguas, vegetal sin savia y animal sin sangre.

9.º Si la vía pública representa los sistemas nervioso de la urbe, estableciendo las relaciones necesarias al sostenimiento de la solidaridad de la agrupación social, las urbes convenientemente higienizadas deben tener un sistema excretorio completo y expedito, formado de albañales, letrinas, cloacas y alcantarillas. La población que no atiende á estas necesidades, da muestras de desconocer los medios de precaverse de una de las causas más frecuentes de las epidemias.

10. Nada manifiesta tan ostensiblemente la cultura higiénica de un pueblo y el desarrollo de sus sentimientos humanitarios ilustrados por la ciencia, como el número y carácter de sus asilos de Beneficencia.

11. Por importante que en cualquier otro concepto sea una población, se la debe reputar de muy atrasada si no posee el número conveniente de hospitales de propiedad del municipio y regidos por un personal facultativo. Las poblaciones que sólo tienen un hospital grande, enclavado en el casco urbano y administrado por sabios teólogos, deben tener entendido que les valiera mucho más carecer absolutamente de hospital que consentir la presencia de un foco de todas las pestilencias, en donde el que se asila buscando remedio á sus males, corre gran peligro (y el hecho es probado), de contraer enfermedades más graves que la que le condujo á un establecimiento que debería ser benéfico.

12. Daría patentes muestras de desconocer las sabias prescripciones de la Higiene la población que aspirase á poseer un hospital de grandes dimensiones, en lugar de varios de mediana capacidad, ventilados y convenientemente calentados según los procedimientos científicos.

13. Cuando la Beneficencia pública va siempre asociada á la piedad, siendo la mano que bendice la misma que socorre al desvalido, hay indicios de que no falta quien se esfuerza en avivar las creencias con el auxilio de cosas mundanas y de que la administración pública abdica una de sus más bellas prerrogativas. ¡ Cuántas veces deja de haber acuerdo entre la caridad y la filantropía !

14. La provincia que no tiene albergue cómodo, sano y tranquilo para los alienados, efectuando la secuestración de estos enfermos, ya en las cárceles, ya en recintos poco higiénicos, es decir, sin mucho aire, sin mucha luz, sin abundantes aguas, sin campos, sin jardines, y en fin, sin los halagos materiales y morales de que tanto necesitan los vesánicos, manifiesta que desconoce que la locura es una enfermedad del cerebro, ó peca de cruel confundiendo al enfermo con los delincuentes.

15. Si la ley penal se ha hecho para los criminales, las cárceles se han hecho para los acusados. La población que carece de establecimientos carce-



larios higiénicos, da muestras de que no distingue, cual conviene, al acusado del criminal.

16. Los establecimientos penales no deben acortar la vida del hombre ni deteriorar su organismo, sino moralizarle y hacerle miembro útil á la sociedad. Expiar un delito con pérdida de la libertad y de los derechos de ciudadano, no debe irrogar pérdida de salud. Los establecimientos penitenciarios antihigiénicos, son, pues, contrarios á la moral y á las leyes; castigan con prisión y con muerte lenta á los autores de delitos menos graves que aquellos que *todavía* son castigados con la pena capital.

17. El destino ulterior de los cadáveres humanos es asunto de exclusiva incumbencia de la Higiene. Nô confundamos el espíritu con la materia, pues que la muerte los ha divorciado. Mientras las almas vuelan á Dios, enterremos los muertos de manera que no perjudiquen á los vivos, aislando de la urbe el cementerio y procurando la más rápida descomposición posible de los restos humanos, ya que por ahora algunas preocupaciones, que sin duda el tiempo y la ilustración desvanecerán, se oponen á la práctica de la cremación.

---

Señores: suena la hora de leer, y por lo tanto, se ha acabado el tiempo de escribir.

¿Cómo se da punto á un discurso cuando el tiempo falta?

Recomendándose á la generosidad del auditorio.

Otorgad, pues, vuestra consideración á quien ha hecho lo que ha podido... y algo más. — He dicho.

---